

COSAS DE LA ABUELA

— María Menéndez — Ponte —

Abuela 1: «Hija, la vida es un soplo de viento», «La vida es un tren que hay que coger en marcha»

A mí, entonces, me parecían frases sin sentido. Porque, con ocho años, los días me parecían eternos. Las horas desfilaban lentamente con esa cadencia que les marcaba el reloj de pared del salón: ding, dang, ding, dong... Y mi vida apenas sufría alteraciones. En cambio, ahora, a mis sesenta y cinco años y con nueve nietos a mis espaldas, los recuerdos me pasan por la memoria a toda velocidad, como una película muda. Y no dejo de acordarme del tren de la abuela. También yo les doy consejos a mis nietos. Y también noto que me miran como un bicho raro y piensan «¡cosas de la abuela!». Pero, ¡qué voy a hacer! Como dice el refrán «*Más sabe el sabio viejo por viejo que por sabio*». Y, después de todo, ¿quién mejor que su abuela para aconsejarles? Hoy en día, los padres apenas tienen tiempo. Cuando veo a mi Palomita, ¡Hay qué ver lo que trabaja la pobre! Con los cuatro niños y la consulta en la Seguridad Social. Pero, mira, ahí me empuñé yo en que hiciera su carrera de medicina, que si llega a ser por el pobre Luis, que en paz descansa, ni el bachillerato. Y ahora, ya ves, me pesa. Porque la veo tan agobiada. Y eso que le echo todas las manos que puedo. Pero, claro, con ese marido suyo... Y no digo que no sea bueno, que lo es. Pero, ¡cuatro hijos! ¡Y tan seguidos! Encima se permite el lujo de usar camisas de algodón. ¡Con lo latosas que son de planchar! Y yo, es que no puedo callar, porque la veo destrozada. Por mucho que ella diga que le ayuda. El que sí ayuda a su mujer es Luisito. Porque lo que es por ella, andaría todo manga por hombro. Y eso que sólo tienen una niña. Claro que yo ahí, no entro ni salgo. Con las nuevas, ya se sabe. Aunque no todas son lo mismo. Porque Almudena me trae a los niños y me los deja a dormir o lo que haga falta. Pero Tere es que no me la deja ni coger en brazos. ¡Como si se me fuera a caer! Ni que no hubiera criado yo a mis cinco hijos. Y luego, qué le costaba ser un poco más curiosa. ¡Mira que poner esas cortinas en el comedor! Parecen de hotel de quinta. ¡Con lo que gasta en ropa! Bueno, yo, calladita, viendo los toros desde la barrera.

Lo que quiero es disfrutar de mis nietos. Y eso que los pobres



no tienen un minuto. Que para llevarlos un día a merendar. Que si clase de tenis, que si inglés, que si informática. Y luego, como sus padres los llevan a todas partes, pues tampoco para ellos es el plan del siglo ir a tomar una hamburguesa o unas tortitas. Con los pequeños es distinto. El otro día Martita me dijo: «Oye, abuela, Dios es muy listo por haber hecho a las abuelas, porque, si no, ¿quién me iba a contar cuentos y llevarme al circo?». Es que es para comérsela, con esos ojazos azules que tiene. Y lo lista que es. Menuda compañía que me hace. Te habla como una persona mayor. En cambio, Jorge y Bea son dos auténticos salvajes. Claro que ellos no tienen la culpa. La culpa es de sus padres que no los educan. Y como yo digo, los modales son importantes. Luego, para qué hablar de la comida, que nada les gusta. Lo único que comen son espaguetis y nocilla. Cuando les digo que yo tenía una frailein para obligarme a comer, estoy segura de que piensan «*Cosas de la*

abuela». Pero es la verdad. Y creo que la disciplina y el orden son importantes. Que hoy nadie aguanta nada. Ya ves la de separaciones que hay. Pero, hija, con eso de «*es mi vida*» y «*tengo derecho a realizarme*», lo resuelven todo. Y tampoco es eso.

La verdad es que los jóvenes de hoy me dan pena. Lo tienen todo muy difícil. Los pobres se matan a estudiar para luego irse al paro. Y encima con la falta de valores... Porque están en una sociedad donde lo único que cuenta es el consumo. Que antes aprovechábamos los cuadernos hasta la última página. Y remendábamos los calcetines. Y heredábamos la ropa hasta que estaba hecha girones. Cuando se lo digo a mis nietos me miran como diciendo. ¡Qué cosas pasaban en tú época! Claro, es natural. ¡Si a ellos les compran cada día un juguete! ¿Qué van a hacer? Romperlos. Ya están hartos de tanto juguete. Y las casas cada día más abarrotadas: vídeos, cassettes, compact disc, videojuegos... Sí, como yo digo, no les da tiempo ni de verlos ni de escucharlos. Cuando yo era pequeña, cualquier cosita te hacía una tremenda ilusión. Y no como ahora. Que el otro día le regalé a Juanito dos cassettes por su santo y el mocoso de él no va y me dice «*Sólo*

esto? ¡Qué poco!» Lo que necesita ese niño es un hermanito. Si no, dentro de poco sus papás le comprarán un avión, que ya es lo único que le falta. Porque hasta televisión tiene en el cuarto. Así luego no quiere venir por aquí. Dice que se aburre. Claro, prefieren la casa de los otros abuelos, que tienen jardín y piscina. Es natural, las hijas tiran más para los suyos. Y, además, mi hijo Miguel es un calzonazos. Que todo lo que diga Reyes va a misa.

Hace de él lo que quiere. Vamos, que los sábados hace él la compra con el niño mientras ella va a la peluquería. Pero que no se le ocurra a él decir que se va una tarde a jugar al golf porque le organiza una trifulca. La verdad es que me da una rabia... Pero, mira, como dicen ellos, es su vida. Eso sí, a los niños intento aconsejarles, aunque les parezca que son cosas de la abuela. Algún día las comprenderán.

Abuela 2: «Estoy chocha»

«Estoy chocha con mis nietos». No lo puedo remediar. Mis amigas me echan en cara que no me ven el pelo y que las dejo plantadas con la partida de cartas. Pero, ya lo saben, como tenga alguno en casa, conmigo que no cuentan. Y Ramón, igual. Bueno, peor que yo. Le chorrea la baba por metros. ¡Quién iba a decirlo! Porque a los hijos, mientras fueron pequeños, ni mirarlos. En cambio, a los nietos hasta les cambia los pañales. Y como nos dejen alguno por la noche, si no va a verlo veinte veces... «¡Mírale, qué rico, parece un ángel! ¿Se habrá destapado? ¿No le has oído toser?» Luego, sus padres dicen que los maleducamos. Y tienen razón, pero para eso están los abuelos. Que nosotros ya educamos a nuestros hijos. Ahora les toca a ellos.

A ver si nos dejan a Pedrito el fin de semana. Y es que este nieto me tiene completamente sorbido el seso. No sé, por él siento algo especial. También es que fue el primero. Y que casi lo crié yo. Porque Sonsoles se volvió a quedar enseguida en estado y ¡menudo embarazo! Cuando viene, me pongo a cuatro patas, nos tiramos los almohadones, jugamos al escondite por el salón... Yo, que era maniática de que la casa estuviera perfecta. Pues ya no. Cada rincón se ha convertido en un cuarto de jugar. Un paraíso para ellos. El otro día, jugando a los indios, rompimos el jarrón de porcelana china, y ni siquiera me disgusté. Hace unos años, me hubiera muerto. La verdad es que me tienen chocha. Pero, ¿cómo no voy a estarlo? He vuelto a mi infancia. Y todo me parece nuevo. Mágico. He recuperado la alegría de vivir. ¡Quién lo iba a decir! Con lo deprimida y lo floja que me quedé después de la operación. No tenía ganas de nada. En cambio ahora apenas me alcanza el tiempo. Entre prepararles la tarta de chocolate que tanto les gusta, hacerles ropa e inventar juguetes... El otro día hasta me enfadé con la asistente porque me tiró varios cartones de leche y vasitos de yogur vacíos. «Pero, ¿no ve usted que estamos construyendo una ciudad y que todo nos sirve?» ¡Poco orgulloso que está Pedrito! Se lo cuenta a todos sus compañeros: «Mi abuela ha hecho la Torre Picasso. Y ahora vamos a hacer la estación de trenes. Y casas. Y bancos. Y hasta un hospital.» ¡Qué rico es!

Cada retazo de mi memoria se convierte en un cuento que les fascina. «Abuela, cuenta cuando en el colegio tenías que ducharte con camión. No, mejor ese día que te escondiste en el carro del lechero». Algunas cosas me las invento, claro. Ahora estamos haciendo «La historia interminable». Cada día grapamos una página nueva con los dibujos que se nos ocurren o un collage. Y, a partir de ahí, nos inventamos una pequeña historia que enlaza con la del día anterior. ¡Menudas ocurrencias que tienen!: «Esta es una palmera que tenía zapatos porque así podía dar sombra donde le daba la gana. Y este era un gato rosa porque lo habían teñido en la tintorería». Hay que ver lo listos que son ahora los niños. Y lo que aprende uno con ellos. «Abuela, ¿sabes cuál es el pez más grande?» «No, hijo, dímelo tú». «Es el tiburón ballena, que mide 18 m. y pesa más de 20.000 kgs. Y una avestruz corre a 80 km/h. ¿Y sabías que un pájaro que se llama Fragata vuela a 420 km/h?» ¡Hay que ver lo que les interesa todo! Que a veces no sé contestarles. «Abuela, ¿y por qué la tierra es redonda?» «Pues... verás, es que Dios se aburría, tan solo en el Universo... Entonces se le ocurrió hacer un balón de fútbol. Y cada vez que lo chutaba, el balón se hacía un poco más grande. El caso es que, con uno de esos chutes, el balón empezó a dar vueltas y más vueltas alrededor del sol Y, claro, cada vez se calentaba un poco más. Tanto se calentó que empezaron a crecer plantas y aparecieron animales...» «¡Cuántas cosas sabes, abuela! Mamá casi nunca sabe nada de lo que le pregunto». ¡Ángel mío! ¡Se nos pasó la tarde en un santiamén. Para que luego sus padres digan que no hay quien lo despegue de la televisión.

Ellos han limpiado mis ojos de arena. Y me han descubierto nuevos horizontes. Espacios libres y abiertos que se confunden con los sueños. El Jueves casi se me saltan las lágrimas. Y es que Gonzalo te suelta unas cosas que se te pone el corazón en un puño. Se me quedó mirando muy serio y me dijo: «Abuela, tú no te vas a morir, ¿verdad? Porque tienes pocas arrugas... Pero es que yo no entiendo por qué Dios quiere que nos muramos, ¡con el trabajo que le costó hacernos!» Casi me lo como a besos. ¿Y Patricia, que apenas sabe hablar, pero parece que lo entiende todo? «Paty, ¿cuántos abuelos tienes?» Y levanta cuatro dedos. La gente cree que exagero. Pero es tal cual. ¡Y cómo sabe donde tengo guardados los caramelos! ¡La muy tunanta! ¿Cómo no voy a estar chocha? Si es que es para estarlo.

Lo único es que me agobio un poco. Me da miedo que se caigan o les pase algo. ¡Menudos cinco días pasé cuando Pedrito tuvo cuarenta de fiebre! Que no me movía de junto a él. Poniéndole paños fríos. Tomándole cada hora la temperatura. Vamos, que hasta me peleé con el médico porque no quería mandarle antibiótico. Que si parecía más un virus. «Mire, bajo mi responsabilidad» — casi le amenacé. Y le bajó la fiebre, vaya si le bajó. Mucha teoría moderna, pero al final es lo de siempre. En cambio mi médico está asombrado con mi recuperación. Dice que mis nietos son mi mejor medicina. ¡Ya lo creo!



— ACTIVIDADES —

1. Comparar la actitud de las dos abuelas.

2. ¿Qué función cumple hoy la abuela en la familia?

3. Valorar los «pros» y «contras» ante la disyuntiva

de dejar al niño en la guardería o al cuidado de la abuela.

4. Aceptación y rechazo de los padres a los abuelos.